

Precio 10 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 64.—10 de Julio de 1921

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. Novedades de hace 1000 años
2. Contra la unión política
3. Democracia legítima
4. Las asambleas
5. Ante todo, libertad
6. El determinismo
7. Mi ace láne a

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Venta por menor: LIBRERÍA TORMO,
Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Trejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

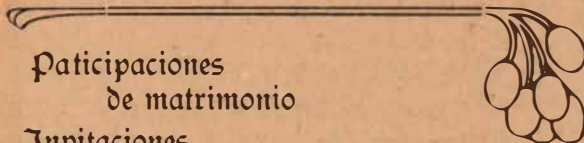
Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.



Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ÷ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 64.—10 de Julio de 1921

Novedades de hace 1000 años, en la China

Había en China en el siglo XI sectas que llamaríamos hoy anarquistas o nihilistas, y decían: «La sociedad se funda en la ley, y la ley es injusticia y discordia; en la propiedad, y la propiedad es injusticia y concusión; en la religión, y la religión no es más que mentira; en la fuerza, y la fuerza sólo es tiranía.»

«Pero el hombre (dice un publicista francés, con arreglo al cual vamos a resumir el relato de este curioso movimiento), nunca se encierra largo tiempo en la negación absoluta, sino que sale de ella para llegar a una afirmación. Su naturaleza le llama por fuerza a la realidad, y su cuerpo no puede subsistir sin alimento ni funcionar su cerebro sobre la idea abstracta de la nada.» Una fórmula socialis-

ta tenía que ser y fué el término de aquella extraña convulsión. Surgió, pues, el socialismo chino, y fué su representante Wang-ngan-Ché (nacido en el año 1027), hombre de prodigioso entendimiento y de notable elocuencia. Nombrado Ministro por el Emperador Chen-Tsung, de la dinastía de los Song, (quien, seducido por sus ideas, le dejó al mismo tiempo entera libertad para aplicarlas), Wang-ngan-Ché puso enseguida manos a la obra con resolución. Proclamando al Estado Soberano único propietario y universal explotador, decretó el establecimiento de tribunales de agricultura, encargados de repartir anualmente entre los cultivadores las tierras laborables, de decidir qué clase de cultivo convenía a cada una y de distribuir los granos necesarios para sembrarlas. El producto pertenecía al Estado, que debía reglamentar su reparto proporcionalmente a las necesidades y a la cifra de la población. Para proporcionarse los fondos necesarios con objeto de poner por obra este proyecto, y para suprimir gradualmente la desigualdad de fortunas y condiciones,

decidió Wang-ngan-Ché que los tribunales impondrían una contribución especial a los ricos; los pobres estarían exentos de ella. Los Magistrados designarían, sin apelación, quién era rico y quién pobre. En caso de escasez o de mala cosecha en tal o cual comarca, el Supremo Tribunal agrícola residente en Pekín estaba investido de los poderes necesarios para hacer que afluyese a los distritos castigados el remanente de granos de las provincias favorecidas. Pero estas prevenciones no bastaban. Para asegurar la dicha de todos, era preciso suprimir la riqueza, causa de la desigualdad y, por tanto, de los descontentos y trastornos existentes en la tierra. Después de haberla abolido, era menester también impedir que se reconstituyese; pues bien, como el negocio, la banca, la industria y la usura la creaban, suprimió Wang-ngan-Ché el negocio, la banca, la usura y la industria. El Estado tendría el monopolio de ellos; y, gracias a ese monopolio, realizaría él solo todos los beneficios repartidos en millones de manos. Y como quiera que el Estado representaba a todos

los habitantes, todos tendrían participación en esa prosperidad colectiva. «No habría ricos, pero nadie sería pobre; siendo todos iguales, desaparecerían como por ensalmo la envidia, el odio, las malas pasiones, y se impondrían sin esfuerzo en un imperio regenerado las reglas invariables de la rectitud.» Sólo podrían quejarse de estas mudanzas los usureros, los acaparadores, los que se enriquecen con las calamidades públicas y chupan la sangre a los trabajadores.

Al principio fueron universales las aclamaciones, y el innovador fué saludado de un extremo al otro de China con entusiasta coro de alabanzas. Pero pronto vinieron las desilusiones. La primera procedió del uso que los labriegos hacían de las semillas que gratuitamente les suministraba la administración pública. Después de apartar de esos granos la porción necesaria para su alimento y el de su familia, vendían o cambiaban otra parte para adquirir los objetos de que carecían. Sólo se confiaba a la tierra el resto; muy poca cosa, como lo demostraban las últimas cosechas.

No tardó en generalizarse la miseria. Los resultados desmentían diariamente en las diversas industrias las esperanzas concebidas; pero el Gobierno, erre que erre, obstinóse en proseguir la experiencia durante quince años. Al cabo de ese tiempo sobrevino la muerte del Emperador Chen-Tsung, que había permanecido fiel al audaz innovador, a pesar de todo, a despecho de ciertos momentos de duda. La Emperatriz Regente, asustada de los clamores contra Wang-ngan-Ché, desanimada por el fracaso de sus planes, abandonóle y volvió a llamar al anterior Ministro, Ssé-ma-Kuang, hombre igualmente notable, de ánimo fuerte, y resuelto adversario de las reformas de su sucesor. Esta sustitución se realizó de la manera más cortés, porque los dos hombres de Estado habían rivalizado siempre en generosidad uno con otro. Pero apenas separado del poder Wang-ngan-Ché, hundióse de un tirón todo su sistema, y Ssé-ma-Kuang se apresuró a borrar hasta las últimas huellas de él.

Jamás hubo reformador ninguno en condiciones más favorables. Todo lo

tuvo a su pro: el poder absoluto al servicio de una indomable voluntad; y para intentar sus experiencias, quince años de tiempo, en los cuales pudo disponer sin obstáculo de los destinos de trescientos millones de habitantes. «Por más chino que fuese (como dice con gracia C. de Varigny), era un hombre de genio, pero intentó lo imposible. Creyó que se podía cambiar la naturaleza humana, sustituir por abstracciones las pasiones y decretar la felicidad de un pueblo sin más que poner su firma al pie de un rescripto imperial. Construyó en todas sus piezas una sabia maquinaria, admirablemente combinada, pero con un solo defecto, EL DE NO ANDAR; habíasele olvidado al inventor tener en cuenta las leyes del razonamiento.»

Los socialistas decían entonces, como aún dicen hoy, que la riqueza y la miseria dependen de la existencia del capital privado. «Eso no acontecerá cuando mandemos nosotros,» añaden. Del mismo parecer era Wang-gan-Ché. Pudo hacer por completo el ensayo de su teoría, también fué completo el fracaso. «Podrá volverse

a empezar, pero no se hará mejor, y el resultado no es para dar alientos.»

Si tal es la historia del colectivismo puesto en planta por un hombre instruido y prudente, sostenido por la fuerza moral y material más grande de que se haya podido disponer jamás, fácil es prever cuáles serían los resultados de ese sistema en nuestros países, habituados a una libertad sin límites, y en una raza como la latina, que no se doblega a la disciplina fácilmente.

R. GAROFALO

(De la obra *La superstición socialista*)

Contra el federalismo

No podemos resistir al deseo, por ser de actualidad, de reproducir algunos párrafos de la serie de artículos que el ilustre estadista don Julián Volio publicó con motivo del decreto de 15 de setiembre de 1887 que ordenaba la construcción de un parque con el nombre de «MORAZÁN,» decreto que suscitó una polémica en la cual tomó

parte el señor Volio para protestar contra el escarnio que se quería hacer de la patria por el partido morazanista.

Hombres del claro juicio de don Julián Volio hay muy pocos. Las simpatías y respeto de que su memoria goza entre todos los costarricenses, su reconocido patriotismo y tantas otras cualidades que han hecho de él una de nuestras glorias nacionales, dan a sus palabras una autoridad y una fuerza que nadie puede desconocer.

Hé aquí esos párrafos:

«La ausencia de considerandos en el decreto de que se trata da a conocer con toda claridad que el Poder Ejecutivo sólo tuvo en mira dar un nombre a la obra nueva, sin que por eso se entendiera que honraba la memoria de un hombre cuya gloria es todavía problemática para muchos.

«No puede cifrarse en su habilidad como hombre de Estado, vistos los desaciertos de toda su vida pública, especialmente en Costa Rica, donde dejó como único recuerdo la manera brutal con que quizo levantar un ejército para imponer a Centro América

un régimen político que entonces repudiaba, que repudia hoy y que seguirá repudiando mientras una transformación completa no le permita hacer entre otros sacrificios, el de sus principales rentas, de que ni quiere ni puede desprenderse, para el sostenimiento de un gobierno reconocido como desastroso en otra ocasión, en cambio de una grandeza y poderío que pudimos medir con exactitud en la guerra nacional contra los filibusteros. Todos los esfuerzos aunados de las repúblicas centroamericanas habrían sido impotentes para lanzar al invasor, si Costa Rica, por sí sola y sin ayuda de nadie, no le hubiese arrebatado el tránsito tomándole los vapores del río y lago de Nicaragua. Si Morazán no fué un hombre de Estado, menos fué un héroe, y todavía menos un genio... Los pseudo-liberales en su rabia de federación no retroceden ante los medios brutales que Morazán y Barrios han querido emplear. Vean ellos la federación, y no importa que el país se inunde en sangre y que los huesos de los muertos blanqueen nuestros campos. Bendito sea el General Fer-

parte el señor Volio para protestar contra el escarnio que se quería hacer de la patria por el partido morazanista.

Hombres del claro juicio de don Julián Volio hay muy pocos. Las simpatías y respeto de que su memoria goza entre todos los costarricenses, su reconocido patriotismo y tantas otras cualidades que han hecho de él una de nuestras glorias nacionales, dan a sus palabras una autoridad y una fuerza que nadie puede desconocer.

Hé aquí esos párrafos:

«La ausencia de considerandos en el decreto de que se trata da a conocer con toda claridad que el Poder Ejecutivo sólo tuvo en mira dar un nombre a la obra nueva, sin que por eso se entendiera que honraba la memoria de un hombre cuya gloria es todavía problemática para muchos.

«No puede cifrarse en su habilidad como hombre de Estado, vistos los desaciertos de toda su vida pública, especialmente en Costa Rica, donde dejó como único recuerdo la manera brutal con que quizo levantar un ejército para imponer a Centro América

un régimen político que entonces repudiaba, que repudia hoy y que seguirá repudiando mientras una transformación completa no le permita hacer entre otros sacrificios, el de sus principales rentas, de que ni quiere ni puede desprenderse, para el sostenimiento de un gobierno reconocido como desastroso en otra ocasión, en cambio de una grandeza y poderío que pudimos medir con exactitud en la guerra nacional contra los filibusteros. Todos los esfuerzos aunados de las repúblicas centroamericanas habrían sido impotentes para lanzar al invasor, si Costa Rica, por sí sola y sin ayuda de nadie, no le hubiese arrebatado el tránsito tomándole los vapores del río y lago de Nicaragua. Si Morazán no fué un hombre de Estado, menos fué un héroe, y todavía menos un genio... Los pseudo-liberales en su rabia de federación no retroceden ante los medios brutales que Morazán y Barrios han querido emplear. Vean ellos la federación, y no importa que el país se inunde en sangre y que los huesos de los muertos blanqueen nuestros campos. Bendito sea el General Fer-

nández y los hombres que le ayudaron a rechazar el yugo que Barrios quería imponernos, aunque ahora haya quien deplora no haber sido uncido a ese yugo. Pero lo que más llama la atención es que durante medio siglo de alharaca y palabrería no haya habido quien proponga los medios prácticos para llevar a cabo un pensamiento que, en concepto de ciertas imaginaciones, nos ha de colocar en la misma línea que los Estados Unidos del Norte o la República Helvética. Ahora que los federalistas se encuentran en su mayor apogeo, deben apresurarse a colocar el muñequito sobre las tablas: nosotros aplaudiremos hasta que, entre silbidos y risas, desaparezca el tal muñequito, como desaparece todo lo que es fantasmagórico y artificial. La antigua federación cayó no tanto por la inepticia de sus jefes y sostenedores, cuanto porque esta caída era un acontecimiento fatalmente necesario. La nueva caerá igualmente en un tiempo más o menos largo, porque los fenómenos políticos y sociales, lo mismo que los naturales, están sujetos a leyes ineludibles. No somos Dios para

que podamos decir hágase la federación y la federación quede hecha. Necesitamos resolver antes ciertos problemas que pueden encontrarse reunidos en una fórmula elemental de álgebra, que no es esta la ocasión de exponer... Desengañémonos: la grandeza de esos a quienes hemos dado en llamar grandes hombres, sólo existe en nuestro espíritu de caciquismo, en nuestra sangre de indio circulando bajo la piel blanca del vasallo de Felipe II. No bien un audaz cualquiera secuestra en su provecho la soberanía del pueblo, haciendo cruzar el látigo del capataz, nos prosternamos ante él, abdicamos nuestra dignidad y nos apresuramos a besar la mano que nos azota. Morazán, Rufino Barrios y tantos otros, altezas, libertadores, padres de la patria, dictadores, etc., etc., son el tipo más acabado de la grandeza para los adoradores de ídolos, cuando en realidad sólo deberían ser delincuentes justiciables ante la ley que insolentemente hollaron.»

EL COMITÉ NACIONAL

Del «Campo ajeno» del *Diario de Costa Rica*.

Democracia Legítima

Una página de José Enrique Rodó

La multitud, la masa anónima no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes. La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad pueda ser sustituida en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus

vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. Al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas, y de hacer, de la autoridad vinculada al voto particular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino, según las palabras que recuerdo de un joven publicista francés, «la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad».

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescindible elemento aristocrático, que consiste en establecer *la superioridad de los mejores*, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores—las de la virtud, el carácter, el espíritu,—y sin pretender inmovili-

zarlas en clases constituidas aparte de las otras, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo, y la hace aceptar por la justicia y el amor.



Las asambleas

La exaltación de la emotividad es causa de inhibición de la cerebración superior. Por esto, en toda asamblea, el nivel de la mentalidad de los componentes tiende regularmente a bajar. En otros términos, en toda colectividad, las emociones se refuerzan, mientras el espíritu crítico se aminora. Esto lo observamos a cada rato en los teatros, en los congresos, en los templos, en las plazas, etc. «No conozco ni un solo gran descubrimiento realizado por una colectividad», escribe Le Bon. Todos en cambio conocemos las alegrías, los horrores, los arrojos, las cobardías de las multitudes. «Cien hombres valerosos producen una colectividad valiente; quinientos seres inteligentes forman una muchedumbre de intelectualidad menos

que mediana.—¿Quiere usted una asamblea de tontos? Aglomere muchos hombres de talento en un mismo local», escribe el Dr. Helme.—«La multitud tiene un alma colectiva; pero, al igual de las ranas cuya vesícula cerebral anterior secciona Pflüger, tiene sus reflejos exagerados. Carece de razonamiento, mientras posee en alto grado imaginación y toda una serie de sentimientos poco o nada elevados. Las masas son crédulas: se les puede hacer tragar cuanto se quiera. Son versátiles: hoy suben al trono al que ayer arrastraban por el lodo. Son ingratas. Son egoístas: cada cual empuja al vecino para ocupar su puesto. Son tiranas a la par que esclavas, pues no pueden vivir sin un dueño. Ante la multitud, basta con saber entusiasmar, basta con saber afirmar y amenazar».

Va a hacer dos siglos que escribió Montesquieu: «Parece, querido ***, que las cabezas se volvieran estrechas cuando se juntan, y que ahí donde hay más sabios reunidos hubiera también menos sabiduría». Y más de un siglo antes afirmaba el duque de Sully en sus Memorias, que si la sabiduría descen-

diera a la tierra, antes que en una asamblea, preferiría alojarse en una sola cabeza.

El viejo dicho español: con canónigos buenos se hace un cabildo malo (*canónica buena, cabilda mala*), equivale al de los romanos: *Senatores boni viri, senatus autem mala bestia*. (Los senadores son buenas personas; pero el senado es un animal malo).

¿Significa esto que las asambleas estén condenadas *siempre* al desacierto? —De ningún modo. Lo que significa es que se debe desconfiar de ellas por regla general, cuando entren en juego las pasiones bajas, porque éstas serán entonces las triunfantes. Las pasiones nobles no hay que temerlas, pues ellas no ofuscan la razón. Ni hay que temer tampoco los instintos, tal como se les define en fisiología. Los verdaderos instintos, necesariamente conservadores y saludables, fruto de una adaptación secular, no pueden estar nunca en abierta oposición con la razón.

E. J. R.

Ante todo, libertad

Carta de un insigne artista

(A M. Gabriel Séailles): Acabo de leer un llamamiento del grupo Cyvoct por la libertad, en el que al mismo tiempo se invita a combatir la libertad de enseñanza del clero. Como es natural, soy contrario al espíritu clerical, pero me parece que la educación de la libertad, como todas las demás, se basa en el ejemplo, y basta reclamar la libertad para todos, para detener las ideas de opresión. Hay que ir hacia el espíritu de tolerancia. Siempre habrá diferencias entre los hombres, en mil formas y matices, de ahí que sea importante el enseñarles que cada uno posee el derecho de tener la naturaleza que posee, sin que esto pueda chocar al vecino. ESTOY, PUES, POR LA MÁS ABSOLUTA LIBERTAD. El mal será libre, pero lo mismo el bien; eso es suficiente, estoy bien seguro, porque el bien es la vida y el mal, la muerte. Y LA VIDA SALDRÁ SIEMPRE VICTORIOSA.

EUGÈNE CARRIÈRE

Una bella página

de un libro nuevo

El doctor Gregorio Bermann, publicó hace pocos meses «El determinismo en la ciencia y en la vida», editado por la Sociedad Cooperativa «Nosotros», y de donde extractamos esta página. El viejo tema del determinismo está analizado, en dicho volumen, por un convencido determinista, que ha puesto en su trabajo su noble inquietud filosófica y su fervoroso amor a la ciencia.

Concepto del determinismo

El determinismo es un concepto que expresa la existencia de una relación de causalidad entre los fenómenos. Determinismo, causalidad y necesidad expresan una misma idea y se identifican en el lenguaje corriente.

El determinismo es un concepto que fluye nítidamente de toda la experiencia contemporánea. Este lazo entre las cosas que permite referir lo que sucede a sus causas, es necesario para la elaboración de la cien-

cia; fué ra de él no es posible fundar saber alguno. Es una ilusión que sorprende fácilmente al espíritu preocupado en estas cuestiones, la creencia de que el determinismo ha guiado a los hombres como de la mano para realizar los descubrimientos científicos y para la eclosión de las concepciones más originales y más fecundas de los tiempos modernos. Debo confesar que llegó también a ilusionarme esta fantasía; parecióme que, gracias a este principio, se podría extraer, como de un cuerno de la fortuna, el oro del conocimiento del recóndito misterio de las cosas. Pero pronto comprendí que el determinismo no es la llave milagrosa que abre la entrada a lo desconocido. Eso era invertir, sencillamente, el orden de los factores; continuar con ese criterio el estudio del problema, era seguir una ruta extraviada; era emplear un método que esterilizó a tantas mentes preclaras, como le sucedió a Fouillée.

Otra cosa sucede en realidad. En estos últimos tiempos se ha intensificado de manera indecible la labor en cada dominio del conocimiento. Para-

lamente a su progreso, en todas las ramas de la ciencia se han inducido algunos principios generales; algunas de estas ideas de orden filosófico son comunes a todas las ciencias, y llegan a tener así un valor universal. La ley de causalidad o determinismo es una de estas ideas. No es ella, pues, innata, ni antecede a la experiencia, sino que es su resultado más inmediato. Una vez comprobada su veracidad indiscutible ininidad de veces, ha sucedido con este principio lo que con tantos otros, que jamás han sido contradichos en la realidad; el determinismo ha servido a su vez de base y de principio director para todo lo que se construye en lo sucesivo. Hoy el determinismo ha llegado a ser un método y un axioma de las ciencias y de la filosofía. Es un axioma porque nada hay en la naturaleza fuera de él, y es un método porque nos enseña que para alcanzar la verdad, es necesario remontarse siempre más y más en la busca de las causas.

Están con los deterministas los que anhelan explicarse con rigurosa consecuencia las condiciones de todo lo

existente y se acercan con ese fin cada vez más a la naturaleza para explorar sus secretos más íntimos. El determinismo corresponde a una época madura en la vida de la humanidad y en la vida de los hombres. Los niños y los salvajes denotan despreocupación e ignorancia de las causas; sus interpretaciones de la realidad son imaginarias y fantásticas; viven eternamente, lo mismo que los débiles de espíritu, en el mundo del milagro. En cambio, el hombre culto va descubriendo en todo una admirable armonía. En todas las cosas resuena el canto de la naturaleza que dice al espíritu, como a un niño encantado, cuánto hay de maravilloso en lo existente; es un espectáculo que llena el corazón de una emoción de regocijada congoja. Por eso se ha hecho el elogio del determinismo, partiendo del fenómeno de la ley natural, del orden admirable del Universo.

De La Espiga.

Miscelánea

La alcoba

—¿Quieres explicarme una cosa, papá?

—¿Cuál?

—Colocas en el salón, en el despacho, hasta en el gabinete, dibujos, grabados, pinturas, estatuas y objetos de arte de todas clases; pero en tu alcoba no se ven más que retratos o fotografías de mi madre, míos, de nuestros parientes y de las personas que más quieres. ¿Por qué lo haces?...

—¡Oh!—dije sonriendo—has tocado una de mis ideas más íntimas y personales.

—¿Quieres explicármela?

—Con mil amores, hijo mío....

—Te escucho....

—En mi concepto, la alcoba es en la casa lo que la conciencia es para el alma; es decir, el fuero interno, el santuario. En las demás habitaciones se vive con otros; en la alcoba se vive consigo mismo. En la alcoba se verifican los cuatro actos en los que

úno se balla con mayor realidad frente a su corazón: allí es donde nos dormimos, nos despertamos, estamos enfermos y morimos, y aun podría añadir que allí es donde se vela, pues es donde nos acompaña la pálida hermana de la noche que a tu edad sólo se conoce de nombre, pero que a la mía es compañera casi inseparable: ¡el insomnio!

Ahora bien: en estas cuatro situaciones o circunstancias, es cuando necesito reunir junto a mí todos los que amo o he amado. Tú no sabes aún lo que es el despertar. Despertar para tí es abrir los ojos, estirar los brazos y decir: «¡Oh, qué bien he dormido!» Es saltar de la cama cantando y recobrando alegremente y con vivacidad la posesión de una cosa que te pertenece.

Pero cuando han pasado cuarenta años, este renacimiento de cada mañana no se verifica tan aprisa ni tan placenteramente.

A medida que nos despertamos del sueño, entramos en el mundo real y sentimos renacer en nuestro corazón todos los cuidados, todas las angustias.

Es la hora de tomar determinaciones, de formar planes para lo porvenir, y es también la hora en que lo pasado vendrá con mayor facilidad a presentarse a nuestra memoria....

ERNEST LEGOUVÉ

*
* *

Yo no te digo....

Yo no te digo que la Esfinge no se levante en la desembocadura de todos los caminos: lo que te digo es que, aunque aparentemente torva, la Esfinge tiene piedad de nosotros.

Yo no te digo que no haya más dolores que alegrías: lo que te digo es que los dolores nos hacen crecer de tal manera y nos dan un concepto tan alto del Universo, que después de sufridos no los cambiaríamos por todas las alegrías de la tierra.

Yo no te digo que no haya hombres malos y mezquinos: lo que te digo es que son hombres inferiores, hombres que no comprenden todavía, almas subalternas a quienes debemos elevar, seres oscuros que no saben dónde está la luz y con los cuales una cla-

ridad lúcida, paciente, blanda, todo lo puede.

Yo no te digo que la riqueza sea un mal: lo que te digo es que quien vive simplemente, en divorcio total de las vanidades, siente que le nacen alas.

Yo no te digo que el amor no haga daño: lo que te digo es que estoy resuelto a amar mientras viva, a amar siempre, siempre....siempre.

—
"Bueno, ¡y qué!"

Me dices que a pesar de toda tu filosofía y de tu resolución de permanecer serena, muchas cosas te conturban y entristecen; estás inquieta y tienes aprensiones continuas.

Voy a darte una pequeña receta, vulgar e ingenua, para que te tranquilices de todo temor, de toda inquietud:

En cuanto un recelo, un miedo, una aprensión quieran turbar los cristales de tu alma, repite dentro de tí estas palabras: «*Bueno, ¡y qué!*»

— «Vas a agravarte de tus dolencias».

— «*Bueno, ¡y qué!*»

— «Vas a morirte...»

— «Bueno, ¡y qué!»

— «Tu fortuna esta minada, y si viene un posible pánico de bolsa, te arruinarás».

— «Bueno, ¡y qué!»

— «Tu amiga Fulana no te quiere: es una solapada enemiga, que te causará grandes males».

— «Bueno, ¡y qué!»

Si incrustas esta frase en tu alma, te inundará una gran paz. Si penetras en el fondo de este «¡y qué!» , verás que es infinitamente tranquilizador.

En lo más hondo de todas las catástrofes, por espantosas que las supongas, quedará siempre tu yo, inmortal, inaccesible, al cual nada ni nadie puede hacer mal.

AMADO NERVO

*
* *

Supongamos que a costa de un gran sacrificio Bélgica y Holanda y Alemania, Suiza y Austria han llegado a formar parte de la poderosa hegemonía alemana, ¿habría siquiera *un ciudadano ordinario alemán* que pudiera afirmar que su bienestar había aumentado en virtud de este cambio? Alemania sería

entonces «propietaria» de Holanda. Pero, ¿algún ciudadano particular de Alemania habríase hecho más rico por esta propiedad? El holandés se convertiría de ciudadano de un Estado pequeño e insignificante en ciudadano de un gran Estado. ¿Sería el holandés *individualmente* más rico o mejor por esta circunstancia?

NORMAN ANGELL

(*La Grande Ilusión*)

*
* *

El futuro historiador de los movimientos revolucionarios no tropezará con muchas dificultades para explicar el surgimiento y la caída del bolchevismo ruso. Los mismos caudillos bolchevistas han procurado amplio material en que pueda basarse un criterio firme, equilibrado. El bolchevismo se condena por sus propias palabras. Se condena también por la misma autoridad cuya norma proclama erróneamente seguir: la de Marx y su doctrina económica. Se condena por las enseñanzas de hábiles y reputados socialistas contemporáneos. Se condena por los escritos anteriores a la guerra y a la revolución

del mismo señor Lenin, el maestro y guía intelectual del bolchevismo. El bolchevismo, científicamente hablando, jamás ha tenido base en que apoyarse, y los socialistas pensadores e ilustrados deberían haber sido los primeros en rechazarlo. Solamente una ignorancia de la historia y literatura rusas, de las condiciones sociales, económicas y educativas de aquella nación, explica la simpatía inconsiderada que ciertos socialistas y radicales de los Estados Unidos han manifestado por el insensato experimento bolchevista en el primitivo, atrasado, ignorante, dividido y desorganizado territorio eslavo de la Europa oriental.

V. S. YARROS,

Abogado nacido y educado en Rusia.

*
* *

La geografía no es de ningún partido. Roma y Cartago no tenían fronteras; Génova y Venecia no tenían territorio. No es el suelo quien determina la naturaleza de las Constituciones de los pueblos; es el tiempo....; Dejemos, pues, la geografía!

LAMARTINE

«El mundo, para M. Lemesle, se reducía a esa aristocracia liviana, salida de todos los rangos de la sociedad, que, semejante al polvo, tiende siempre a elevarse cuando el sol brilla y que se deja llevar por el viento más ligero; pero que la menor lluvia hace caer, no teniendo en sí más elemento que el necesario para dar fango».

*
* *

El diario *La Tribuna* ha abierto una «Sección Científica» a cargo del profesor von Bülow, quien ha solicitado la colaboración de los científicos del país. A mí no me toca más que aplaudir; pero quiero también manifestar el deseo de que dicha sección goce de cierta independencia tipográfica, relativamente al resto del periódico, a fin de que pueda ser recortada y conservada cómodamente. Si yo dirigiera algún diario, haría que todos sus artículos de fondo fueran impresos en columnas cortas y sin intercalación de avisos, en forma adecuada al gusto de los coleccionadores de recortes.

E. J. R.